



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 28. | Sale el 8, 10, 12, y 26 de cada mes. | 26 Julio 1877. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXVII.

SUMARIO.—Explicacion de los grabados, por Joaquina Balmaseda.—Paletot sin mangas.—Vestido con túnica y cuerpo-blusa.—Vestido de muselina adornado con entredoses.—Vestido princesa.—Vestido adornado con encajes.—Chaqueta-blusa para niña.—Vestido para niña.—Vestido interior forma princesa para niños de 2 á 4 años.—Traje de baño para señora.—Sombrero para campo.—Sombrero para jardín.—Miton para jardín.—Delantal bordado.—Falda con cola postiza.—Enagua con cola postiza.—Corsé de punto.—Cintura para fijar las enaguas.—Liga de crochet.—Zapato Molière.—Zapato con lazo.—Lazos para sombrilla.—Encaje irlandés sobre tul.—Iniciales bordadas.—Puntillas de aguja y crochet.—Alfombra bordada.—Centro de mesa, pintura sobre madera.—Mampara con mosaico, de perlas.—Canastilla para joyas.—Canastilla bordada.—Nuestros patrones, por Emilia.—LITERATURA: La soledad de los campos, por Isabel de Villamartin.—Solo, poesia por Constantino Gil.—El harem y las costumbres turcas, recuerdos de una maestra inglesa.—Cila, por Aurora Lista.—Salones y teatros, por Víctor Cuende.—Economía doméstica.—Explicacion del figurin.

### EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

#### 1 Y 2. ZAPATOS MOLIERE.

Ambos son elegantes, y el calzado propio de esta estacion, acompañado de media de color. El primero, para vestir, es de sarga, con elásticos á los lados, abierto de la pala, con patas adornadas de botones y lazo de cinta. El segundo es de becerriño, abrochado por encima con trenquilla, y lazo cosido de un lado y sujeto del otro con un boton.



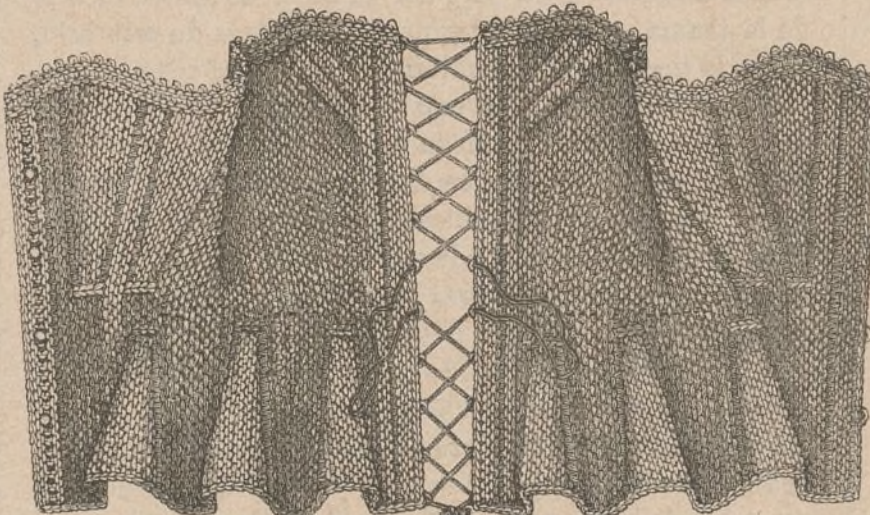
1. Zapato Molière de sarga.



2. Zapato Molière de becerriño.

#### 3 Y 10. CORSÉ DE PUNTO.

La explicacion detallada la ofreceremos en uno de los números inmediatos, aunque, como para todas las labores de punto, sea el mejor sistema ajustarlas á un patron de buen corte, pegando las nesgas en su sitio respectivo con festones muy fuertes y sólidos. La puntilla que guarnea el corsé por arriba la ofrece con toda claridad el núm. 10.

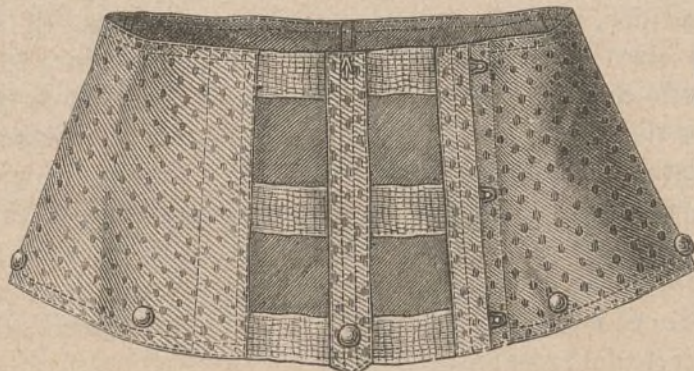


3. Corsé de punto. (Véase la cenefa núm. 10.)

#### 4. CINTURA PARA FIJAR LAS ENAGUAS.

(Patron: en el pliego del 18 por el revers, núm. XIV, fig. 47.)

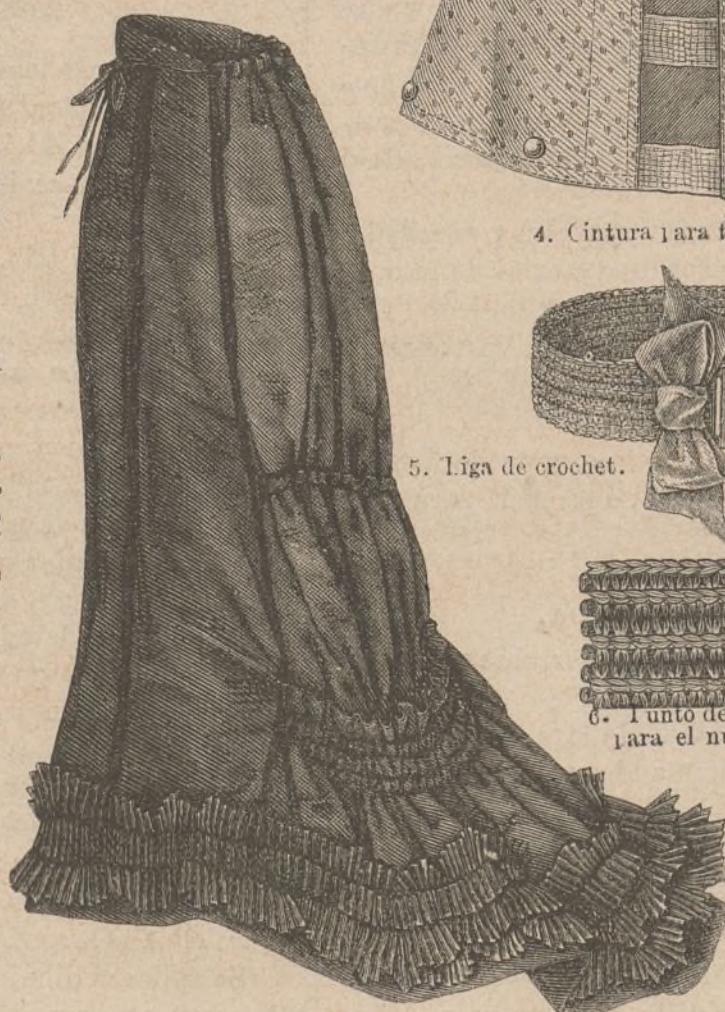
Esta cintura es extremadamente cómoda, ahora que la moda exige que las señoras vayan perfectamente ceñidas de las caderas: por delante va ceñida por elásticos que permiten el ancho necesario, y lleva botones á convenientes distancias para fijar los ojaes que van en la cintura de las enaguas. La cintura cierra por un broche, y puede hacerse de cretona ó percal doble, con ballenas muy flexibles por delante y por detras.



4. Cintura para fijar las enaguas.

#### 5 Y 6. LIGA DE PUNTO DE CROCHET.

Ejecútase á punto de crochet doble, llevando entre los puntos de torzal azul un cordón de goma, lo que demuestra el núm. 6: 8 vueltas son bastante para una liga, y los extremos se ribetea sólidamente y pegan á un broche de acero, que lleva un lazo en cada lado.



7. Falda con cola postiza. (Patron: pliego del 18, por el revers, núm. XVI, fig. 50.)

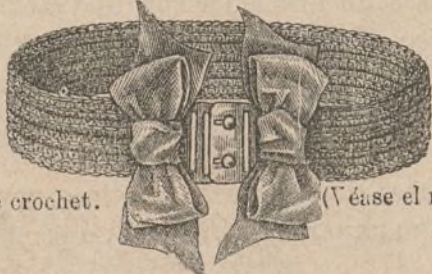
#### 7. FALDA CON COLA POSTIZA.

(Patron: en el pliego del 18 por el revers, núm. XVI, fig. 50.)

Las medidas están indicadas claramente en el croquis que acompaña al patron, y el alto de la cola, *c y d*, se frunce y reduce á 74 cents. Para la cabeza que sobresale se añaden 7 centímetros más de tela, y el paño de atras se reduce tambien su vuelo por jareta (*coulisse*) más alta. El grabado presenta esta falda de seda negra, con un plegado de 27 cents. cosido por el centro dos veces.

#### 8. ENAGUA CON COLA POSTIZA.

(Patron: el de la anterior.) El patron antes indicado servirá tambien para esta enagua de vestir: un dobladillo de 4 cents., ó más bien un biés interior, sostiene el borde de la



5. Liga de crochet.

(Véase el núm. 6.)



6. Punto de crochet para el núm. 5.

enagua, recogiendo por detras el vuelo una coulisse alta, y otra bajo la cola añadida. Como adorno, lleva en la parte de adelante un plegado al hilo de 44 cents., y la cola se cubre de volantes adornados de entredoses y puntillas, descansando sobre un plegado que va al borde: otra puntilla termina el plegado de delante.

#### 9. PLEGADO DE MUSELINA Y ENCAJE.

Un pequeño encaje de cinta irlandesa de medallones cosido á una tira dobladilla á la máquina forma este plegado, que se emplea en gorras de mañana, mangas interiores, etc.

#### 11 Y 12. PALETOT SIN MANGAS.

(Patron: en el pliego del 18 por el revers, núm. XI, figuras 39 á 41.)

Ambos modelos, con pequeñas variaciones, indicadas ya en el patron, ofrecen elegantes paletots sin mangas, guarnecidos en todos sus bordes de cenefa bordada, de puntilla ó de fleco, segun la tela sea. El delantero va unido á la espalda por la costura del hombro, y el costado cruza un borde sobre otro: el mismo pliego ofrece el patron del cuello, que se pega al escote en corazon, terminando sus puntas bajo un lazo. Este paletot se hace de tela y adorno igual al traje.

#### 13 Y 14. CHAQUETA PARA NIÑOS.

(Patron: en el pliego del 18 por el derecho, número IV, figs. 14 á 19.)

Corresponde esta chaquetita al traje para niño que presentaba EL CORREO anterior en su última plana, y á él acompañaba la explicacion correspondiente.

#### 15. DIBUJO PARA CORBATA DE TUL.

Es una tira de tul grueso, de 150 centímetros de largo por 15 de ancho, bordada por el dibujo que nos ocupa, y con hilo de plata: piquillo de encaje al borde y un encaje ancho en las puntas la termina.

#### 16. VESTIDO PARA NIÑA.

Corresponde á la figura núm. 6 de EL CORREO anterior; á ella acompañaban patron y detalles correspondientes.

#### 17 Y 18. CUERPO-BLUSA PARA NIÑA.

(Patron y explicacion: en el pliego del 18, por el derecho, núm. V, figs. 20 á 23.)

Esta clase de cuerpos-blusa son muy á propósito para niña, y aun para personas jóvenes y esbeltas: el que presenta el modelo se completa con cuello marinero, y es de muselina con entredoses bordados.

#### 19 Y 20. LAZOS PARA SOMBRILLA.

Las sombrillas más elegantes del momento son las negras con fleco de felpilla, cuyas bolitas de remate, lazo y forro deben ser del color del vestido: el lazo núm. 19 necesita un metro de cinta de do-



ble cara, que se anuda alrededor de la contera, y se recoge en cuatro lazadas y caídas: el núm 20 está hecho de tres cintas de distinto color, colocadas las lazadas escalonadas, y lo mismo las caídas.

#### 21. VESTIDO CON TÚNICA Y CUERPO-BLUSA.

(Patron de la túnica: en el pliego del 18, por el reverso, número 8, fig. 38: para el del cuerpo, véase el CORREO anterior.)

Falda de percal azul marino, con plegados al canto, y biéses de percal de dibujo, género cachemir: túnica y cuerpo-blusa de este percal de dibujo con biéses lisos, y encaje de hilo al borde.

#### 22. VESTIDO CON TÚNICA ABIERTA AL LADO.

(Patron: en el pliego del 18, por el derecho, núm. VII, fig. 25.)

El croquis que acompaña al patron presenta la disposición y arreglo de los pliegues con cabeza que adornan esta túnica por detras, y cierra por delante con botones en todo su largo: el adorno de este traje, de seda azul de dos tonos, consiste en plegados, biéses, encaje crudo y lazos de los mismos dos colores.

#### 23. VESTIDO CON TÚNICA DE MUSELINA.

Sobre vestido de seda de color claro, ó de la misma muselina con plegados, se pone la túnica que presenta el modelo, adornada de entredoses bordados en tul, y con otro y un plegado alrededor. Esta túnica será tambien de muy buen gusto con falda de seda negra.

#### 24. VESTIDO PRINCESA.

Es un vestido de forma princesa, cerrado al lado, con botones y bullonado en el bajo con un lazo; la parte de adelante lleva plegado con pasamanería encima: por detras va la cola postiza bajo otro lazo.

#### 25 Y 26. CIFRAS PARA PAÑUELOS.

Empléanse para pañuelos las primeras, bordadas á plumétis y punto de armas con blanco, y las segundas, cada letra de color distinto, y una al pasado y otra á punto de armas.

#### 27. ENCAJE IRLANDES SOBRE TUL.

Cinta de diferentes dibujos en blanco, ó en crudo, se dispone sobre el tul, haciendo el floreado que muestra el dibujo: los tallos, barras y ojetes se hacen con hilo del color de la cinta, ó con seda negra si el encaje es negro.

#### 28 Á 30. MITON PARA JARDIN.

(Patron: en el pliego del 18, por el reverso, núm. XX, figs. 62 á 65.)

Córtase el miton de tela blanca ó cruda, doblando la tela al biés en la parte del pulgar, y para la mano al hilo; añadiendo el puño, de 10 cents. de ancho, y sostenido por un forro armadito: el biés, bordados núm. 29 ó el núm. 30, guarnecen todo el miton, cuyos biéses ó tira se bordan sobre una tira blanca con algodón encarnado ó azul. La puntilla de hilo núm. 37 guarnece el borde.

#### 31 Y 32. SOMBREROS.

El primero, para campo y playa, es de paja de dos colores, con cinta de faya anudada con cierto descuido alrededor de la copa, y grupo de flores por delante y por detras.

El segundo es un sombrero para jardin, cubierto de muselina blanca, con el ala bullonada, y ruche y lazo de la misma muselina.

#### 33 Á 35. VOLANTES BORDADOS.

Es de tela cruda ó batista gris, cortados en paño, y dos nesgas poco marcadas, y bordadas cada una de estas piezas alrededor, con la cenefa núm. 34 hecha con un hilo blanco. El núm. 35 ofrece el entredos de malla guipure, que sirve para unir las piezas, terminando por abajo el delantal un encaje del mismo género.

#### 36 Y 48. ALFOMERA BORDADA.

El fondo, grabado 48, es de tela de cañamazo gris, muy grueso, conocida en el comercio por tela de emballar, y así lo muestra el grabado 36, de tamaño natural. Se ejecuta el bordado á punto de cruz, y otros puntos ligeros con lana de color. Lo mejor es empezar por los ángulos, porque, aumentando algunos puntos, se pueden corregir las irregularidades que ofrezca su formacion.

Los colores del bordado deben armonizar con el de los muebles del aposento al cual se destina.

#### 37. PUNTILLA DE HILO PARA EL DELANTAL NÚM. 28.

#### 38 Á 40. VESTIDO INTERIOR, FORMA PRINCESA, PARA NIÑOS DE 2 Á 4 AÑOS.

(Patron y dibujo para el bordado: pliego del 18 por el reverso, núm. XVIII, figs. 56 á 60.)

Con los vestidos de forma princesa se hace indispensable para niños otro vestido interior, cuerpo y falda de una pieza, en sustitucion de la enagua, que en este tiempo se hace de cretona ó batista, y para el invierno de franela.

A las indicaciones dadas en el patron sólo añadirémos que el hombro, de 3 1/2 cents. de ancho, mide 12 centímetros en la boca-manga y 14 en el escote. Las orillas, adornadas con el bordado, van reforzadas con una cinta cosida por dentro.

La cenefa de arriba y de abajo, del modelo núm. 40, se ejecuta á punto de espiga, con algodón, y su dibujo lo da la fig. 60 del pliego del 18. El núm. 38 representa el adorno del modelo 39.

#### 41. CENTRO DE MESA.—PINTURA SOBRE MADERA.

El dibujo y la explicacion la hallarán nuestras lectoras en el pliego del 18, por el derecho, fig. 27.

#### 42. MAMPARA.—MOSAICO DE PERLAS.

Materiales: perlas blancas para el fondo; bronce claro y oscuro para el cerco, rubí, azul oscuro y verde; cristal para las figuras separadas; una cinta de hilo, hilo de coser de los números 80 y 100, una aguja larga para enhebrar las perlas, un bastidor de madera ligera, carton, papel cuero gris, y papel blanco satinado.

Cada una de las hojas en que está dividida la mampara imita perfectamente los antiguos vidrios pintados. Para hacerlos se necesita un bastidor de madera ligera, guarnecido con sus cintas correspondientes, y que sirve para tender los hilos á distancias regulares. Para estos hilos se emplea el hilo más grueso, y para la trama el más delgado. Para empezar la labor se anuda el hilo de la trama en el lado izquierdo, y detras de este hilo, hácia la derecha, se enhebran las perlas del color requerido por el dibujo. En esta posicion, se vuelve con el hilo y la aguja á través de la hilera de perlas hácia la izquierda, de manera que los hilos tendidos se hallan debajo de la aguja y las perlas. El hilo de la trama debe estar bien tendido ántes de empezar una segunda hilera. Se anuda cada nueva hebra lo más cerca que se pueda de la anterior. Las hojas del mosaico deben empezar con una perla, ó ir ensanchando y haciendo la figura de la hoja, como indica el modelo típico figura 26, que se halla en el pliego del 18. Éste contiene el motivo de la parte superior de la hoja del centro, y lo mismo pueden hacerse las de los costados. Cada uno de los dos costados estrechos, teniendo 33 perlas de ancho, exige 34 hilos tendidos, y el de 61 perlas de ancho, 62 hilos. El largo de estos hilos está indicado en la misma figura 26. El fondo es de perlas de ópalo (blanco lechoso); el cerco de dos tonos bronce; las figuras puntiagudas, de perlas de cristal verde en las hojas estrechas, y azul oscuro en las hojas anchas; las otras figuras son encarnadas; la estrella que hay en la punta de la hoja es verde. Nuestro modelo, grabado 54, tamaño reducido, da una hoja de costado; el modelo, grabado 43, de tamaño natural, da el detalle del mosaico.

Cada parte terminada se corta por arriba y por abajo, y, ribeteada todo alrededor con una cintita de hilo, se pega al marco. Este trabajo es muy sencillo, pero exige cierta habilidad, y es mejor recurrir á un cartonero, á causa de las líneas grabadas, que deben trazarse con regularidad.

Esta labor es de un efecto precioso, y puede hacerse grande para mampara de chimenea, ó pequeña para pantalla.

#### 45. CANASTILLA BORDADA.

Dibujo del sembrado: pliego del 18 por el reverso, figuras 60 á 69.

La montura es de junco pintado de laca negra con cadenas de plata aplicadas simulando perlas. Se coloca dentro una caja de carton cubierta de seda verde, bullonada, apuntada y bordada con seda de Argel, completando su adorno borlas del color del raso.

#### 46. CANASTILLA BORDADA.

La parte exterior de la canastilla consiste en una tira de cañamazo al hilo, de 58 cents. de largo y 15 de alto, recortada á ambos lados en picos de 3 cents. de ancho y

uno de profundidad. El bordado reparte esta tira en otras regulares, adornadas con un motivo á punto cruzado. La tira se forra de raso dispuesto en escarolado, dentro de los picos y en el centro; se une luego por sus dos extremos, y se monta á un óvalo de carton de 15 centímetros de ancho por 30 de largo. El centro de la tira se reduce á 41 cents. de circunferencia, y se rodea de una cinta que termina con un lazo para ocultar su empalme. El asa es de cañamazo y mide 3 cents. de ancho por 37 de largo. Una bolsa de raso de 22 cents. de altura por 38 de ancho, cerrada por una jareta, completa su adorno.

#### 47. TRAJE PARA BAÑO.

(Patron: pliego por el reverso, núm. XV, figs. 48 y 49.)

Estos trajes son preferibles de lana ó de franela, para baños de mar ó de río, porque se quitan fácilmente. Se adornan generalmente con bordados á punto de cruz, hechos con algodón encarnado y azul sobre aplicaciones de cañamazo, ó con cinta de lana de color, que corte. El pantalon y el cuerpo-blusa se unen por medio de una cintura de 7 cents. de ancho y 78 de largo.

El patron, que es muy exacto, nos dispensa de dar más explicaciones.

JOAQUINA BALMASEDA.

### NUESTROS PATRONES.

PATRONES QUE DEBEN COMPLETARSE CON LAS MEDIDAS.

Se dan á veces patrones cuya forma regular no exige más que la representacion de una de sus partes. En este caso las líneas de costado, marcadas con una flecha, se deben continuar en la direccion indicada por la punta de dicha flecha hasta completar el largo necesario; y entónces, siguiendo la indicacion, estas líneas se reunen por medio de una línea recta ó curva.

Estos patrones incompletos se dan generalmente para cuerpos de camisa, delantales de niños ó para faldas negadas, en las cuales las diferentes figuras no suelen representar más que la parte superior de los paños; pero las medidas del largo que éstos deben tener van indicadas sobre las líneas de costado, marcadas con puntas de flechas; los cambios que hubiese necesidad de hacer deben repartirse en justa proporcion sobre todas las partes. Se prolongan las líneas de costado, poniendo la regla sobre la línea interrumpida y continuándola.

#### PATRONES DE TAMAÑO REDUCIDO.

Para mayor claridad, siempre que nos vemos obligados á dar un patron doblado, una ó muchas veces, damos tambien un croquis de tamaño reducido del mismo patron, completamente extendido, é indicados, por medio de líneas de puntitos, los dobleces que tiene el patron de tamaño natural.

Para los patrones muy comunes y sencillos bastan los de tamaño reducido; pero entónces éstos van rodeados de líneas seguidas y provistas de la indicacion exacta del largo y del ancho por centímetros, con números que se ven perfectamente.

#### MODO DE REPRODUCIR SOBRE LA TELA UN DIBUJO DE BORDADO Ó DE SOUTACHE.

El modo más sencillo y más fácil de reproducir un dibujo sobre cualquiera clase de tela delgada, como batista, nanzouk, seda ó cachemir, es valerse del conocido papel de decalcar de diferentes colores, procediendo de este modo:

Se coloca la tela, bien extendida, sobre una mesa ó una tabla; encima del lado teñido el papel de decalcar, y encima de éste el pliego de patrones (con la parte de abajo, que debe sacarse vuelta hácia arriba), de modo que el papel de decalcar se halle entre la tela y el pliego. Se siguen con un lápiz muy puntiagudo ó una aguja de hacer média todos los contornos del dibujo, teniendo sumo cuidado de que no se mueva ni la tela ni el papel; y cuando, terminada la operacion, se quita el pliego y el papel de decalcar, se hallan todas las líneas del dibujo trazadas sobre la tela. Procediendo con destreza, puede utilizarse por largo tiempo el papel de decalcar. Tampoco se necesita un pedazo de papel muy grande para sacar un dibujo, pues basta con cuidar de que la tela y el dibujo no se muevan y unir bien los empalmes para que el dibujo no quede interrumpido.

Este procedimiento no puede emplearse con buen éxito para las telas gruesas, como el terciopelo, el paño, etc. Para ellas se procede del siguiente modo:

Se aplica el dibujo á los cristales del balcon; se siguen los contornos pinchándolos con un alfiler grueso; se coloca boca abajo, esto es, de cara á la tela, el lado por el cual se han hecho los agujeritos; se tiene á prevencion un sa-



quito lleno de blanco de España en polvo ó negro de humo, según el color de la tela; se le sacude encima del dibujo, y el polvo, pasando por los agujeritos, deja trazados sobre la tela todos los contornos del patron.

En tal estado, el dibujo se fija con una mezcla de una disolución líquida de goma arábiga y blanco de plomo, humedeciendo en ella un pincelito; también puede fijarse pasando por todos los contornos un pedazo de jaboncillo de sastre.

EMILIA.

RODAJA PARA SACAR CON FACILIDAD LOS PATRONES.



Su precio es de 6 rs., y bastará enviarlos en sellos de Correo á esta Administración, para recibirla franca de porte.



## LA SOLEDAD DE LOS CAMPOS.

## I.

¡Corazones desgarrados por el dolor, almas heridas por el incesante choque de encontradas pasiones, que arrastráis vuestra penosa existencia por esos populosos y grandes centros llamados ciudades, viviendo la vida de la fiebre y respirando aire que no alcanza á dilatar vuestros pulmones oprimidos! si anhelaís un puesto preferente en el mundo, conquistándolo á fuerza de constancia y de trabajo, y no teneis suficiente imperio sobre vosotros mismos para poder resistir los embates de la envidia rastrera y los de esas despreciables miserias que acosan siempre al genio que aspira á nobles ambiciones, ántes que vuestra razón se perturbe y estalle en odios y rencores, comprometiendo la dignidad humana, que es la más alta de todas las dignidades, romped el primer eslabon de la cadena que os oprime y os liga á la ingrata sociedad, y cubiertos con el escudo de reconocidas virtudes huid, huid de esos focos de pérfidias maquinaciones, donde las más de las veces elabora hiel mezclada con lágrimas, y corred á refugiaros en la bienhechora soledad de los campos, donde hallareis la salud del cuerpo, la fortaleza del espíritu y el lauro inmarcesible de saber dominar vuestras pasiones.

## II.

La fecunda y pródiga naturaleza, que se rige inmutable por las leyes del universo, tiene abiertos constantemente sus amorosos brazos.

Es madre, es nodriza, es maestra de todos los nacidos.

Como madre nos mece, nos arrulla, nos cerca de encantos que despliega seductora á nuestros atónitos ojos, tratando de descubrir con deslumbradoras galas todo cuanto hay de doloroso en la pasajera existencia.

Como nodriza nos prodiga todos los tesoros de su seno, eleva hasta nuestros labios los delicados frutos de la vida, y es tan solícita y previsora que, donde quiera que vamos, tenemos dónde apagar nuestra sed y saciar nuestro apetito.

Si necesitamos recurrir á su sabiduría, podemos contemplarla augusta, coronada por la experiencia, enseñándonos noble y generosa las imperecederas huellas que han impreso los siglos en el luminoso camino de la civilización y del progreso.

¡Oh paz! ¡Oh sosiego de esas vastas soledades cubiertas de verdura y esmaltadas de múltiples colores!

Sois el oasis de los espíritus atribulados; el puerto de salvación de los naufragos de esta tormentosa vida, que han podido salvar del abismo la fe que consuela y levanta, y la conciencia ileso de remordimientos.

## III.

¡Callad, callad, trovadores del bosque que extendéis vuestras rizadas plumas y entreabris el perfumado pico!

¡Dejad de agitaros, sifides del aire que morais invisibles en el éter de los espacios!

¡Ondinas de trenzas de oro y de piés de diamante, que sumergís las estrellas de vuestros ojos en el cristal quebradizo de la azulada fuente, cesad de agitar el agua con vuestras manos de nieve y rosa, para rodear á vuestro esbelto cuerpo un cinto de argentada espuma!

¡Guardad, guardad el más absoluto silencio!

¡Encantadoras hadas de la misteriosa selva, que os envolvéis en el oscuro manto de las brumas y vivís en maravillosos palacios, del mortal nó conocidos, dejad de exhalar de vuestras delicadas gargantas esos cadenciosos sonidos que arroban y extasían y repiten do quier los fugitivos ecos!

Descended un instante de vuestros odoríferos tronos de filigrana y topacios, y á la luz de la naciente luna extended vuestra varilla mágica, que da vueltas en vuestros ebúrneos dedos con la rapidez del pensamiento, y mandad á las graciosas ninfas, vuestras esclavas, que duermen el sueño de la adolescencia bajo perfumadas flores, que preparen solícitas un mullido lecho de fresco laurel y hojas de roble, junto á la sagrada fuente, al pié del árbol de la Dicha, que extiende sus profusas ramas cubiertas de esmeraldas, porque se acerca á estos apartados lugares un cansado peregrino, falto de reposo, ávido de sosiego, y va á caer postrado en los linderos del valle.

Viene de la ciudad.

Sólo le acompañan sus propios pensamientos.

¡Contempladle!

De su mirada ardiente se escapan rayos de privilegiada ainteligencia.

Su continente es altivo, su frente noble y serena; en ella se espacian elevadas ideas.

Luchando entre el bien y el mal, prevalecieron sus generosos instintos; y ántes de sucumbir á la ignominia y recurrir quizá al crimen para coronar efímeros triunfos, contempló su insuficiencia en el espejo de su razón, y se reconoció indigno, falto de virtudes y de experiencia para poder regir los destinos de los demas hombres.

Hizo abnegacion de su soberbia.

Rompió en pedazos la estatua colosal que le erigiera su propio orgullo; giró en torno de su propia nada, y con resolución inquebrantable abandonó sus lares, levantando á su paso el polvo de cien generaciones que iba á reconstruir en su fantasía para enseñanza del porvenir; y siguiendo adelante por el áspero camino que su abnegacion le trazaba, arribó á estos sitios para dormir su primer sueño de reposo.

## IV.

¡Sombras pavorosas de la callada noche, que empezais á poblar el mundo de fantasmas, cuando la estrella de la tarde oculta sus últimos rayos entre crespones de flotante niebla, no vengais á perturbar el descanso del fatigado peregrino, de ese hijo del sentimiento, que ha venido á aprender en el gran libro de la naturaleza la ciencia de la vida y el dón supremo de conocer á los hombres!

¡Furias tentadoras del deseo, que habitais en los antrós tenebrosos y habeis rodeado incisivas la blanca cuna del genio naciente, esperando introducir en su corazón la funesta semilla de grandes discordias, para que un día fuese el azote de la humanidad, alejaos!

En vano perseguís audaces hasta estas verdes frondas al que tratábais de hacer vuestra eterna víctima.

Ya no teneis poder para arrastrarle con vosotras, evocando en su mente las imágenes de placeres perdidos y de luchas supremas.

Para él ya no tiene encantos el recuerdo de la mujer bella que, olvidando sus deberes, acude liviana á misteriosa cita; ni el estridente ruido que produce el oro, que del ávido monton resbala palpitante sobre el oscuro tapete; ni los aplausos de los amigos, que se renovaban á su lado sin cesar, como el flujo y el reflujo de los mares, conduciéndole falaces de fiesta en fiesta, para hundirle luego indiferentes en su perdición y su ruina.

¡Alejaos! ¡Alejaos, repugnantes espectros! ¡Alejaos para siempre!

El error acaba donde la luz comienza.

El imperio de las tinieblas, ya jamás volverá á levantarse.

Cuando, el que yace, despierte de su bienhechor letargo, su sangre estará regenerada.

Habrà recibido el ardiente beso del sol y el bautismo de la espumosa corriente, y habrá aspirado el aire libre y puro de dilatados horizontes.

En alas de la meditacion se habrá abierto paso por el camino de la ciencia humana; y cuando sus hermanos le llamen y oiga el grito de los pueblos afligidos, la voz de ¡Patria! resonará tan sólo en el fondo de su alma vigorosa, y olvidando bastardas ambiciones y odios antiguos acudirá á su socorro, volviendo á vivir entre sus conciudadanos para prestarles la ayuda de su inteligencia y de su brazo, y guiarles por el camino de la ilustración y del trabajo, y desdeñando el cetro del tirano conquistará con su esclarecida prudencia el valioso dictado de padre de sus semejantes.

ISABEL DE VILLAMARTIN.

## SOLO.

¡Qué solo estoy! En mi cuarto  
Veo las horas pasar,  
Lentas, tan lentas, que cuento  
Mil veces mi soledad.

Estoy enfermo, y no sé  
Cómo se llama mi mal;  
Yo le llamo no tener  
Quién me ame, ni á quién amar.

Va á anochecer; ¡cuánta gente  
Y cuán alegre, que va  
Por esas calles de Dios,  
De fijo sin sospechar  
Que me da envidia el mirarla  
A través de mi cristal.

Aquél va con su mujer,  
¡Vaya una linda mitad!

Debe ser buena; si yo  
Me decidiera á buscar...  
¡Habrà tantas como ella!  
Es claro que las habrá.

Ése otro, va con sus hijos;  
Una niña y un rapaz;  
Y ¡qué bonita es la niña!  
Pues el chiquillo aún es más.

Y los lleva de la mano  
A los dos; ¡qué alegre irá!  
Luego llegarán á casa,  
Y allí se pondrá á jugar  
Con ellos, y acariciarlos...  
¡Ay! quién pudiera jugar.

En cambio yo, solo y triste,  
Oigo el pesado compás  
De la péndola, que marca  
Los instantes que se van.

¡Cuántos faltarán aún!  
¡Ay! ¡si faltase uno ya?  
Recuerdos de aquel ayer  
Lleno de felicidad,  
De aquella casita blanca  
Y de aquel modesto hogar,  
¿A qué venís á mi mente  
Sin traer la realidad?

¡Qué soy yo? Flor sin raíces  
Que ha arrancado el huracán;  
Dejad que el viento me lleve,  
Dejadme morir en paz.  
¡Ay! el día que me muera  
Y me lleven á enterrar,  
Habrà en el mundo uno ménos,  
Y ni una lágrima más.

CONSTANTINO GIL.

## EL HAREM Y LAS MUJERES TURCAS

(RECUERDOS DE UNA MAESTRA INGLESA.)

Cinco años de mi vida,—de 1867 á 1872,—pasados en el harem de un bajá de Constantinopla, me han permitido recoger curiosas observaciones. Me ha parecido que algunos extractos de mis notas sobre los diversos aspectos de la vida de familia y de la vida social en Turquía podrían ofrecer algun interes en las actuales circunstancias.

El harem donde yo residia comprendia unas doscientas mujeres, distribuidas en tres casas, teniendo cada una por jefe una esposa legítima, mientras que cinco ó seis esclavas madres ocupaban habitaciones en casa de la una ó las otras, y servían virtualmente bajo sus órdenes. Todas las damas eran esclavas de varias categorías, exceptuando cinco ó seis ancianas matronas que hacian el oficio de dueñas. En la servidumbre del harem hay grados distintos. Las esclavas que pertenecen al bajá ocupan el rango superior. Vienen en seguida las de la primera, segunda y tercera mujer; las que están consagradas á los hijos, según la edad de estos últimos; las de las esclavas madres; en fin, las esclavas de las esclavas. Éstas son, en general, mujeres de color,—abisinianas ó nubianas;—aún teníamos una hotentote.

Las principales esclavas de toda categoría se llaman *calfas*; son objeto de una gran deferencia, y al cabo de cierto número de años de servidumbre se les encuentra un marido escogido, al par que poseen una casa con esclavas y un sueldo mensual. La esperanza de este establecimiento las hace interesarse en ganar la confianza del amo ó de la dueña. Resultan de ello injusticias frecuentes de las *calfas* para con las esclavas inferiores que están encargadas de educar y custodiar, en consideración de que no resisten á la tentación de echar sus propias faltas sobre las otras que son más jóvenes que ellas. He presenciado numerosos ejemplos.



Las calfas y las esclavas extranjeras son por parte del ama objeto de cierta consideración. Así es que el ama no daría a la *hasmjee* (camarera) una orden concerniente a la *chibuejee* (las encargadas de los chibonés), ni pediría sus babuchas a la esclava de una visitante que residiese en su casa. En virtud del mismo principio, una hija se abstiene de exigir como un derecho ciertos servicios de las esclavas que pertenecen a su padre o su madre; todo lo más lo pide como un favor si ninguna de sus esclavas está presente. He visto a la Khanum-Elfendi no querer incomodar a las esclavas de su hija para hacerse dar un vaso de agua, aunque el calor fuese excesivo y tuviera mucha sed. Se ve por esto que reina en el harem cierta etiqueta. No tardé en descubrir, por mi parte, en materia de decoro, las observaciones más estrictas. El bajá no venía nunca a su harem sino acompañado de un eunuco, un africano adusto, hinchado con la importancia de sus funciones, que consisten en guardar las mujeres, como es sabido. Precedía a su amo gritando a cada paso:



13. Chaqueta-blusa para niño. (Patron: pliego del 18, por el derecho, núm. IV, figs. 14 a 19.)

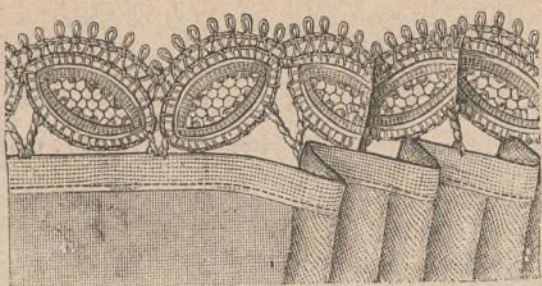
mujeres, como es sabido. Precedía a su amo gritando a cada paso:

"*Desstur, desstur! Pachá effendi yhelior*"

(observad las costumbres, hé aquí al bajá.)

Al instante todas las mujeres que no pertenecen inmediatamente al bajá, aunque compradas con su dinero y alimentadas con su pan,—esclavas de sus mujeres o de sus hijas o esclavas madres,—se precipitan en las habitaciones vecinas, o si no tienen tiempo, se ocultan detras de una cortina, no sin asomar sus hociquitos para ver pasar a su señor y dueño, que va tal vez a visitar a uno de sus hijos enfermo.

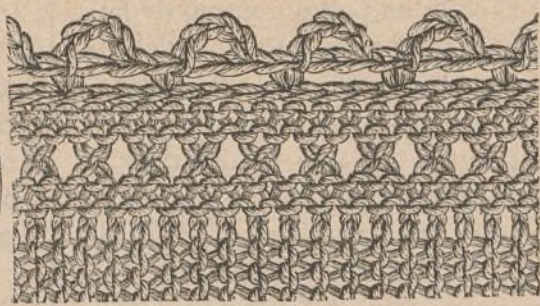
Hablando con exactitud, el harem es la parte de la casa exclusivamente reservada a las mujeres. Si una de las veinte o treinta esclavas personales del bajá se halla en su camino cuando atraviesa el harem, el deber de la esclava es de permanecer de pie con las manos cruzadas sobre el pecho. Si una esclava comienza a pasar por irreverencia. Mientras tanto, el amo prosigue su camino sin dignarse honrar a la esclava con un movimiento de cabeza. El bajá no posee en realidad en el harem más que una



9. Plegado de muselina y encaje.



11 y 12. Paletot sin mangas (Patron: pliego del 18, por el revers, núm. XI, figs. 39 a 41.)



10. Cenefa para el corsé núm. 3.

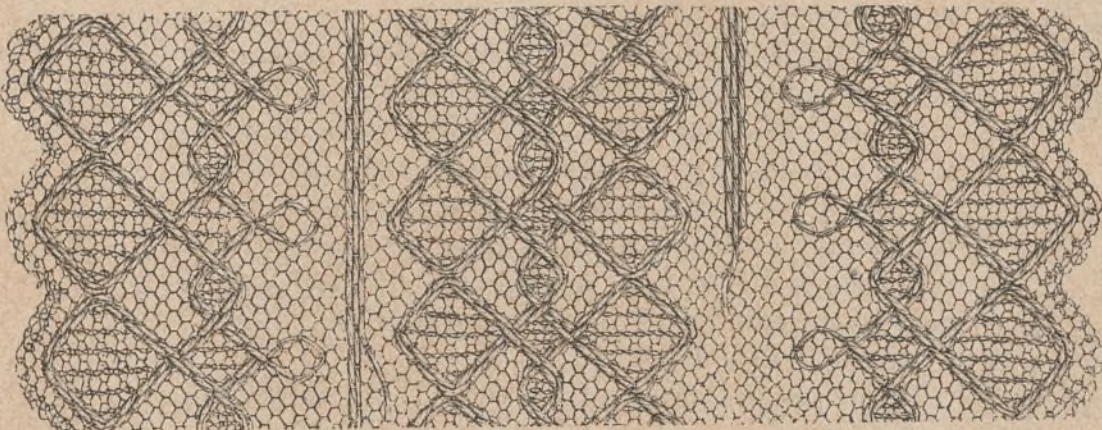
vida patriarcal de los judíos, y es tan antigua como los tiempos de Abraham, Sara y Agar, de Jacob, Lia y Raquel. Muchas personas atribuyen sin consideración la institución de la poligamia a los mahometanos, sin recordar que las instituciones religiosas y sociales de los mahometanos derivan de las de los judíos. La antigua ley israelita reconocía al hijo de la esclava como al de la mujer libre, aunque sin colocarlo en el mismo grado. De los doce patriarcas, cuatro eran hijos de madres esclavas, y compartieron con sus hermanos el honor de ser los abuelos del pueblo de Dios. Sus descendientes perseveraron en las costumbres permitidas a sus mayores, sin censurarlas. Según la ley turca, los hijos de las madres esclavas son legítimos; a la muerte del padre tienen una parte proporcionada a sus fortunas y con los hijos de esposas. Las esclavas madres tienen en el harem un puesto reconocido y una posición respetada, aunque siempre subordinada a la de esposas, delante de las cuales se mantienen de pie, con las manos cruzadas sobre el pecho. El rango de la esclava madre depende del sexo del hijo; tiene el título de *oommoolwy* si es madre de un



14. Chaqueta-blusa para niño. (Patron: pliego del 18, por el derecho, núm. IV, figs. 14 a 19.)

varon, y de *oommoolkhanum* si es madre de una hembra. En la casa del sultan, siendo ésta de posición muy elevada para condescender a la ceremonia del *nikiak* (que consiste en dar las prendas de union conyugal), no hay esposas; pero sus principales favoritas se llaman *Kaden* (señoras), y ocupan la posición de primera, segunda, tercera, cuarta, quinta, sexta y séptima dama. Es un gran error el creer que una sultana es la mujer de un sultan. *Sultana* es un título que pertenece por derecho de nacimiento a las princesas imperiales. Las madres de los hijos del sultan son, pues, de hecho esclavas madres. *Validé sultana* es el título distintivo de la madre del *padicha* o sultan, pero también se aplica a las madres de las sultanas.

Hay en realidad en la lengua turca;



15. Dibujo para corbata de tul.



16. Vestido para niña. (Patron: pliego del 18, por el revers, núm. XXI, figs. 51 a 55.)



17. Cuerpo blusa para niña. (Patron: pliego del 18 por el derecho, núm. V, figs. 20 a 24.)



18. Espalda del cuerpo núm. 16. (Patron: pliego del 18, por el derecho, núm. V, figs. 20 a 23.)



21. Vestido con túnica y cuerpo-blusa. (Patron de la túnica: pliego del 18 por el revers, núm. X, fig. 38.)

habitación, donde entra por una puerta que comunica con el *sláamlick* o división de los hombres. Sus esclavos solos pueden penetrar para servirlo; los otros no se acercan siquiera al corredor que conduce a estas habitaciones.

El aspecto moral y el aspecto social de la vida del harem, sobre



19. Lazo para sombrilla.



23. Vestido con túnica de muselina.



24. Vestido princesa.



20. Lazo para sombrilla.



22. Vestido con túnica abierta al lado. (Patron: pliego del 18, por el derecho, núm. VII, fig. 25.)

ó, si se prefiere, en la lengua del harem, cuatro palabras para explicar el estado de madre; son: *validé*, *oommool*, *nina* y *ana*; los tonos de su significación demuestran hasta la evidencia hasta qué punto la posición de la mujer turca deriva de su maternidad. *Ana* se aplica hasta a los animales;



ativo á  
deben  
e con  
recti-  
iere te-  
exacta.  
gar, no  
dar que  
mos la  
urem,"  
que nos  
de la  
omo los  
Lia y  
ción la  
sin re-  
s de los  
antigua  
al de la  
do. De

niño.  
s.  
s. 14 á 19.

l harem  
petada,  
esposas,  
oié, con  
l rango  
del hijo;  
e de un  
casa del  
ler á la  
on con-  
Kaden  
cuarta,  
na sul-  
por de-  
os hijos  
na es el  
del pa-  
se apli-  
as.  
a turca;

al lado.  
derecho,

a del ha-  
xplicar el  
oommool,  
significa-  
videncia  
de la mu-  
ternidad.  
animales;



EL CORREO DE LA MODA  
*Periódico ilustrado para las Señoras*

Plaza de Isabel 2<sup>a</sup>, II Madrid.

Ayuntamiento de Madrid



peronina es e  
ordinario y el  
do por el n  
llamar á su



25. Cifras para

Se tiene en g  
neracion la s  
(madre-noc  
luguk-khnu  
nina (dama-n  
madre), son l  
do de la pri  
Cuando se di  
llama simple  
Las mujer  
habitaciones  
comunican en  
por semana s  
monia, duran  
den sobre el  
mutuament  
hermana), y  
el chibouc, y  
los incidentes  
la doméstica  
la entera se  
raras circuns  
asistido más  
esta reuni  
de las escenas  
as que he v  
Una vez, e  
hubo una gr  
en la que las  
alto copete  
la mesa, es  
esclavas ma  
estaban en  
del bajá, sus  
sus hijos de a  
No estábamos  
la moda tu  
divan circula  
rededor de un  
ga servida a  
segun la exp  
usan los tur  
signar los us  
se habian di  
de plata. Se  
barazo de las  
taban acost  
accesorios.  
divirtió mu  
maña; otra  
tenedor para  
dos, en med  
general. Ha  
vajilla, cris  
jetos europ  
mny numero  
por complet



29. Tordado p



31. Borda

del festin.  
marios de  
suma, se h  
una casa c  
tiempo de  
que en un  
Tchamlidj  
ca de Scut  
Demos a  
sobre esta  
ba sentad  
la mesa,  
frances y



pero *nina* es el nombre ordinario y el sólo usado por el niño para llamar á su madre.



25. Cifras para pañuelo.

Se tiene en gran veneración la *sood-nina* (madre-nodriz);

*buyuk-khanum-nina* (gran dama-madre); *ortanji-khanum-nina* (dama-madre mediana); *kitehuck-kanm-nina* (la damita madre), son los títulos respetuosos usados por un hijo hablando de la primera, segunda ó tercera mujer de su padre. Cuando se dirige directamente á la que le ha dado el sér, la llama simplemente *kanum-nina* (señora madre).

Las mujeres de un bajá ocupan habitaciones separadas ó casas que comunican entre sí. Dos ó tres veces por semana se hacen visitas de ceremonia, durante las cuales se extienden sobre el mismo diván, se llaman mutuamente *kadesh*

(hermana), y, fumando el chibouc, se cuentan los incidentes de su vida doméstica. La familia entera se reúne en raras circunstancias. He asistido más de una vez á esta reunion. Es una de las escenas más curiosas que he visto nunca.

Una vez, entre otras, hubo una gran comida, en la que las esclavas de alto copete sirvieron á la mesa, es decir, las esclavas madres, que estaban en pie detras del bajá, sus mujeres y sus hijos de ambos sexos.

No estábamos sentados á la moda turca, en el diván circular, sino alrededor de una mesa larga servida *alla franca*, según la expresion que usan los turcos para designar los usos europeos. Siguiendo la orden formal del bajá, se habian distribuido á los convidados tenedores y cuchillos de plata. Se advertia el embarazo de las dueñas que no estaban acostumbradas á estos accesorios. Una anciana nos divirtió mucho por su poca maña; otra acabó por dejar el tenedor para comer con los dedos, en medio de la hilaridad general. Habia un gran lujo de vajilla, cristalería y otros objetos europeos. La reunion, muy numerosa, llenaba casi por completo la elegante sala

sando en grado igual á sus mujeres, á sus hijos y á sus huéspedes las pruebas de su

buen humor. Su hijo mayor, joven de diez y ocho años, educado en Europa (hijo de su segunda mujer), estaba sentado en la otra punta, y mantenía la conversacion con una animacion que respondia á la de su padre. Era una gran infraccion de las costumbres turcas la admision en el harem de un hombre de tal edad; pero aquel dia fue aceptado como una especie de jovial fanfarronada, para hacerlo todo *alla franca*.

A la derecha del bajá se hallaba su tercera mujer. El honor le era concedido ostensiblemente, porque se sabia que se moria de un cáncer, pero, en realidad, á causa de la influencia sin limites que sus gracias y dulce dignidad le aseguraban sobre su esposo, cuya frente se ennegrecia á veces con la idea de una desgracia muy prevista. Despues de esta pobre señora venia la hija favorita, única hija de la primera mujer, á la cual estaba yo especialmente unida como camarista de honor y maestra encargada de enseñarla el frances. Esta joven princesa, dotada de una belleza notable y de una gracia natural, al par que de todos los dónes del espíritu y del corazon, habia aprendido el inglés desde los tres años de edad. Mi puesto era, naturalmente, á su lado. Luégo venia la hija de *Ortanji-Khanum-Effendi*, muchacha tambien muy bella y redondita de diez y seis años, que tenia á su derecha una señora francesa, su maestra. Una dama italiana y dos hijas más jóvenes del bajá seguian luégo, mientras que, á la izquierda del príncipe, se hallaban dos dueñas de setenta ú ochenta años, que, no sé por qué, se habian cubierto su rugada piel de color de café con un velo de muselina blanca.

El bajá tenia á su derecha la *Buyuk-Kanum-Effendi*, bella y robusta circasiana, cuyo aspecto un tanto altivo estaba dulcificado aquel dia con cierta dosis de amabilidad. Al lado de ésta, la se-

gunda mujer, pequeña y delgada, pero con una fisonomia expresiva y maliciosa, muy orgullosa de ser la madre de una linda muchacha y de un buen mozo. Despues, cuatro hijos de diversas edades, nacidos (ménos uno), de madres esclavas; el quinto, de cuatro años, pertenecia á la infortunada princesa cuyos dias esta-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

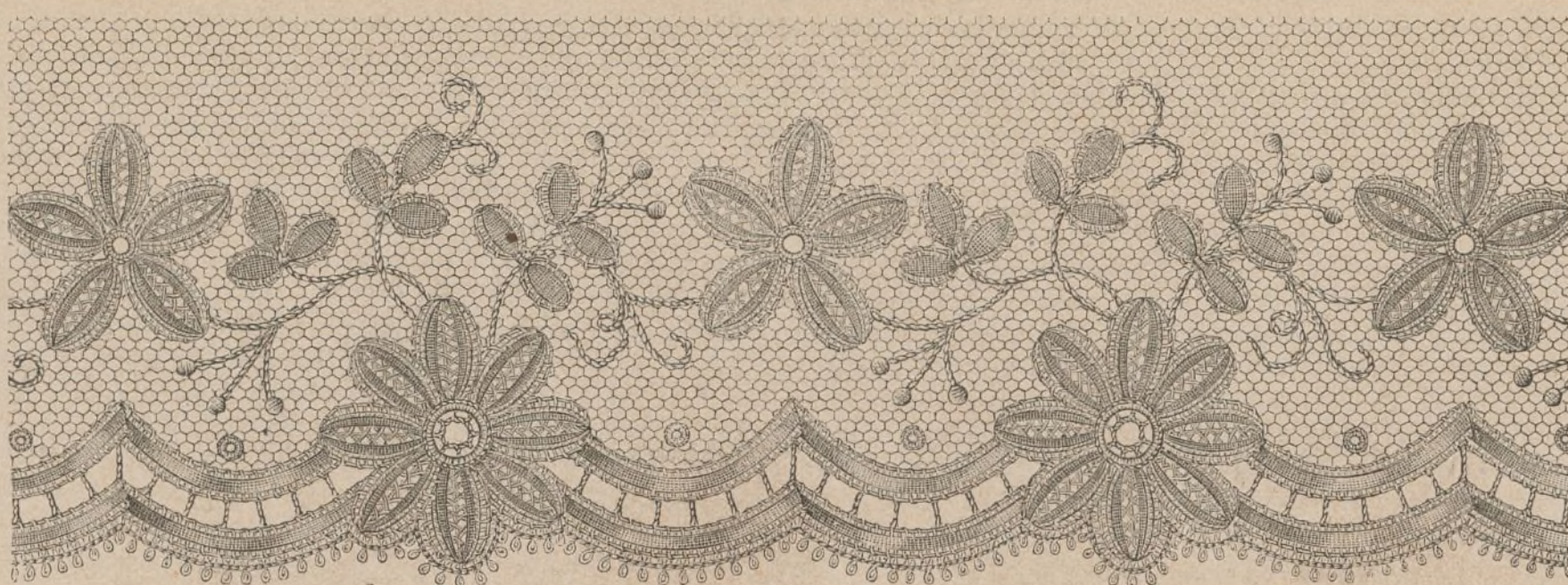
del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.



27. Encaje irlandés sobre tul.



28. Miton para jardin. (Véanse los núms. 29, 30 y 37.) (Patron: pliego del 18 por el revers, núm. XX, figs. 63 y 64.)



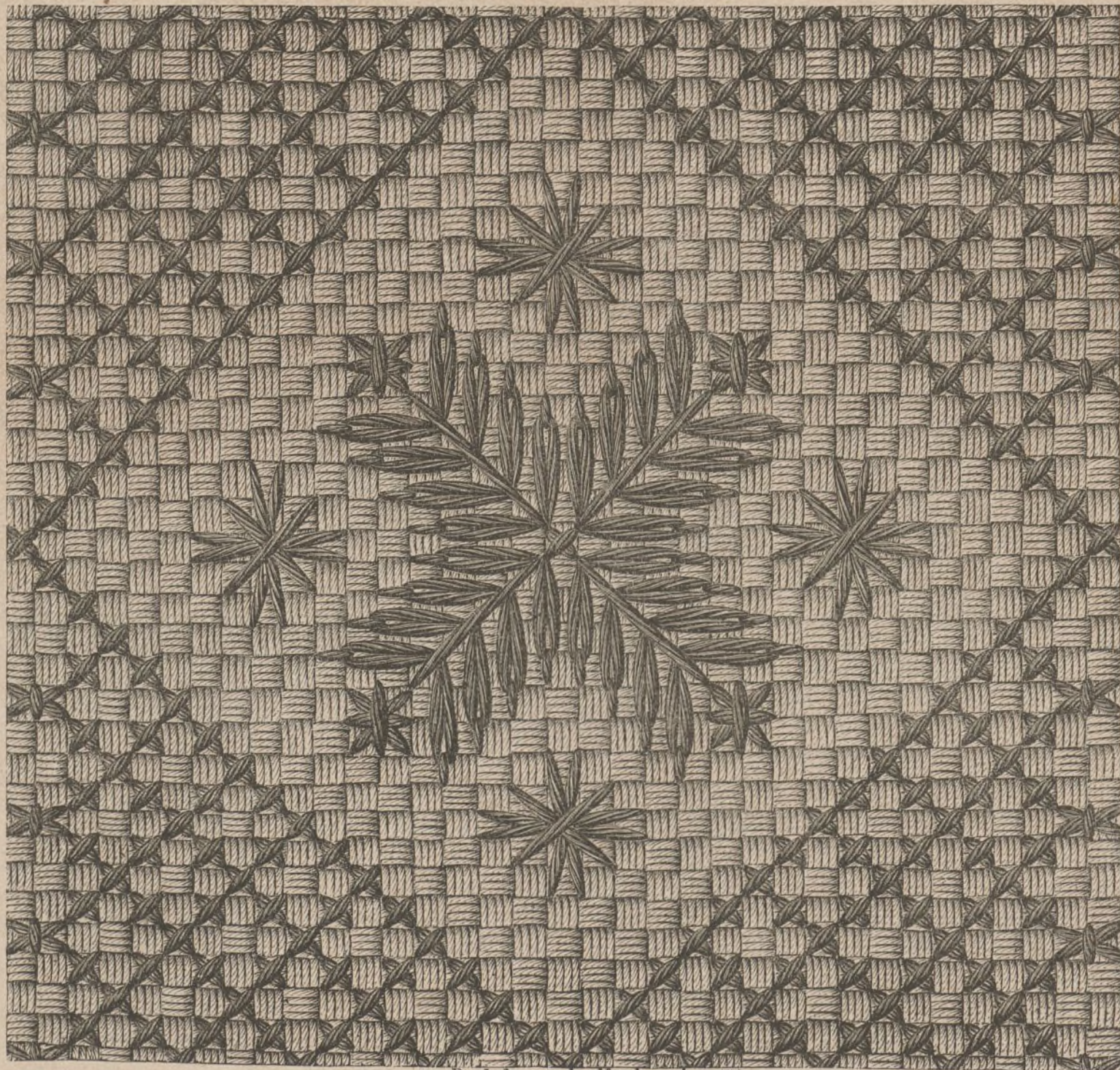
31. Sombrero para campo.



33. Delantal bordado. (Véanse los núms. 34 y 35.)



32. Sombrero para jardin.



36. Bordado para la alfombra núm. 47.



26. Cifras para pañuelo.

buen humor. Su hijo mayor, joven de diez y ocho años, educado

en Europa (hijo de su segunda mujer), estaba sentado en la otra punta, y mantenía la conversacion con una animacion que respondia á la de su padre. Era una gran infraccion de las costumbres turcas la admision en el harem de un hombre de tal edad; pero aquel dia fue aceptado como una especie de jovial fanfarronada, para hacerlo todo *alla franca*.

A la derecha del bajá se hallaba su tercera mujer. El honor le era concedido ostensiblemente, porque se sabia que se moria de un cáncer, pero, en realidad, á causa de la influencia sin limites que sus gracias y dulce dignidad le aseguraban sobre su esposo, cuya frente se ennegrecia á veces con la idea de una desgracia muy prevista. Despues de esta pobre señora venia la hija favorita, única hija de la primera mujer, á la cual estaba yo especialmente unida como camarista de honor y maestra encargada de enseñarla el frances. Esta joven princesa, dotada de una belleza notable y de una gracia natural, al par que de todos los dónes del espíritu y del corazon, habia aprendido el inglés desde los tres años de edad. Mi puesto era, naturalmente, á su lado. Luégo venia la hija de *Ortanji-Khanum-Effendi*, muchacha tambien muy bella y redondita de diez y seis años, que tenia á su derecha una señora francesa, su maestra. Una dama italiana y dos hijas más jóvenes del bajá seguian luégo, mientras que, á la izquierda del príncipe, se hallaban dos dueñas de setenta ú ochenta años, que, no sé por qué, se habian cubierto su rugada piel de color de café con un velo de muselina blanca.

El bajá tenia á su derecha la *Buyuk-Kanum-Effendi*, bella y robusta circasiana, cuyo aspecto un tanto altivo estaba dulcificado aquel dia con cierta dosis de amabilidad. Al lado de ésta, la se-

gunda mujer, pequeña y delgada, pero con una fisonomia expresiva y maliciosa, muy orgullosa de ser la madre de una linda muchacha y de un buen mozo. Despues, cuatro hijos de diversas edades, nacidos (ménos uno), de madres esclavas; el quinto, de cuatro años, pertenecia á la infortunada princesa cuyos dias esta-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

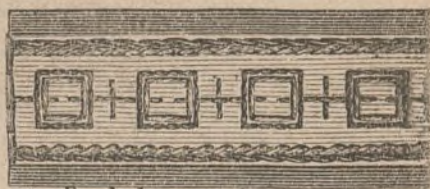
Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

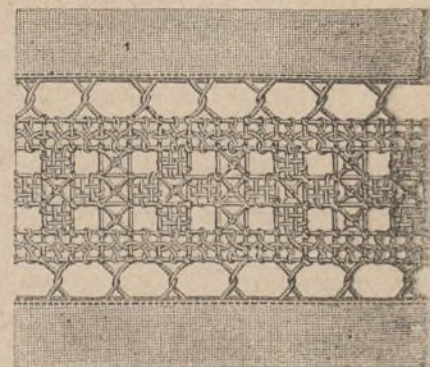
Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-

del festin, adornada con armarios de roble tallados; en suma, se habria creido uno en una casa de campo inglesa en tiempo de Cromwell, más bien que en un simple kiosko de Tchamlidja, aldea situada cerca de Scutari.

Demos aún algunos detalles sobre esta comida: el bajá estaba sentado en un extremo de la mesa, diciendo bromas en frances y en turco, y dispen-



30. Bordado para el miton núm. 27.



35. Entredos para el delantal núm. 34.

gunda mujer, pequeña y delgada, pero con una fisonomia expresiva y maliciosa, muy orgullosa de ser la madre de una linda muchacha y de un buen mozo. Despues, cuatro hijos de diversas edades, nacidos (ménos uno), de madres esclavas; el quinto, de cuatro años, pertenecia á la infortunada princesa cuyos dias esta-



ban contados. Dos ó tres hijos adoptivos ocupaban los otros asientos.

Pero el punto más característico de la escena, y que me afectaba penosamente, era la presencia de las *oommool-beys* y de las *oommool-kanums*, ejerciendo detras de nuestras sillas el oficio de criadas. Me parecía contra naturaleza el ver á las madres servir á sus hijos, y ocupar así en la familia un rango inferior al de su progenitura. Los ricos trajes de aquellas pobres mujeres y las joyas que las adornaban no atenuaban mi impresion. Desempeñaban su cometido con gracia, hasta con alegría, lo que no excluía una extremada atencion; pero la humilde actitud que tomaban, ocultando sus manos en sus anchas mangas tan luego estaban un momento desocupadas, parecía un reconocimiento tácito de su servidumbre.

La *buyul-oommool-kanum*, madre de la tercera hija del bajá (esta última linda flor esbelta), era una matrona imponente, con un cutis blanco y dos ojos azules que rebosaban franqueza y sensibilidad. Estaba de pié detras de la silla del bajá. Una estatura regular y admirables proporciones, una palidez mate, cabellera negra, ojos de un azul profundo, cortados á lo largo, que tenía siempre perezosamente entornados, distinguían á la *buyul-oommool-bey*, que se hallaba detras del joven príncipe. La tercera esclava madre tenía un exterior masculino, pómulos salientes y una conformacion huesuda que contrastaba con las buenas carnes de la mayor parte de sus compañeras. Estas tres mujeres no eran ya muy jóvenes; tenían el cabello cortado á la altura de las orejas, que es el peinado usual entre las *calfas* que no son bailarinas. No debo olvidar otra *oommool-bey*, encantadora joven de veintidos años, cuyos ojos negros, lánguidos, los cabellos de un negro azulado, de una longitud desmesurada, el cutis brillante y la cintura esbelta y graciosa, hacían una belleza perfecta. La *kitchuck-oommools-bey* y *kitchuck-oommool-kanum*, muy ordinarias las dos, completan la nomenclatura de las esclavas que nos servían, si añado la *calfa* favorita del bajá, joven de veintiocho años, cuyas facciones tenían una expresion dura y hasta un poco cinica.

Una segunda division de criadas se hallaba detras de las *oommools-beys* y de las *oommools-kanum* para traer los platos y demas objetos necesarios. La figura más curiosa de este grupo era una anciana pequeña, negra y arrugada como una ciruela pasa, y adornada con un turbante encarnado; sus ojos vivarachos miraban á todas partes al mismo tiempo. Era la *Aye-ha-kanum*, la *kialria* ó intendenta del harem, que administraba la casa y todas las cuestiones metálicas. Estaba siempre en movimiento como un pajarito que salta de rama en rama, lanzando alguna chanza á la bufona de la casa, pues las grandes casas turcas tienen su bufon como las antiguas familias sajonas. La bufona en cuestion, loca ó cuerda, era en todos casos una criatura extraordinaria. Aún la veo agachapada en el suelo, las espaldas apoyadas en la pared, con las rodillas levantadas hasta la barba, sostenida por sus largos brazos huesudos; encima un rostro bronceado, con dos ojos perdidos, una nariz aguileña y dientes de conejo; el todo coronado por una peluca negra mal peinada. Cada vez que la conversacion languidecia, la extraña criatura levantaba la voz para contar alguna anecdota de los bazares de Estambul, citar un proverbio turco ó recitar los apólogos de Nasar-ed-Di-Effendi, célebre *kodja* que se podía llamar el Esopo turco. Todos sus discursos tenían un fin exclusivo, que era obtener alguna concesion de dinero, comida ó adornos. Logró muy bien su objeto contando una fábula del *kodja*, donde cuenta el sabio cómo hallándose un día en una ciudad, cuyos habitantes se habían reunido en un gran festin, fué convidado á él. Se estaba entonces en tiempo de hambre; el personaje comió y bebió sin inquietarse de dónde venían todos los bienes. Cuando hubo acabado, preguntó el motivo de aquella abundancia. «No sabeis, pues, le preguntaron, que es hoy el día de la fiesta de Bairam, y que cada uno ha recogido cuanto tenía para comerlo junto?—Al cielo pluguiese, replicó el *kodja*, que todos los días fuese la fiesta de Bairam!» La moral caritativa que se desprendía del apólogo fué reconocida por los convidados, y la anciana recibió un gran plato de *teherless-yemek*, plato que pasa por una golosina en Turquía. Se compone de una especie de frito de ave muy especiado y guarnecido alrededor con una mezcla de nuez machacada y miga de pan.

La vida cotidiana de las madres esclavas es en extremo monótona. No tienen deberes especiales como las *calfas*, y no disfrutan de sus hijos; sus hijas salen con frecuencia del harem, confiadas á la custodia de domésticos varones, llamados *lollahs*, que las llevan á pasear, sea á pié, sea en coche. Las madres, entregadas así á una triste soledad, pasan el tiempo visitándose entre ellas; no tienen más distracciones que jugar al chaquete ó mirar por las ventanas, y son dichas cuando alguna vendedora judía ó armenia obtiene el permiso de llevarles sus mercancías á sus cuartos.

Es la única ocasion que tienen de gastar su mensualidad, que es de unas 15 libras esterlinas. Esta monotonía se altera, es cierto, por el paseo semanal del viernes, que es su domingo. Tan sólo las mujeres de mediana y baja clase van á la mosquea cubiertas con el velo. Las damas de alto copete se supone que oran cinco veces al día en sus propias casas. Citaré de pasada, como muy puntuales en llenar este deber, las hermanas y mediohermanas del último sultan Murad V, el sucesor del infortunado Abdul-Aziz, que, como es sabido, ha tenido un efímero reinado.

Las mujeres del bajá tienen una vida menos monótona; reciben y devuelven visitas continuamente. En sus momentos de fastidio convidan á las *oommool-beys* y á las *oommool-kanums*, para que las diviertan con su charla y jueguen con ellas al chaquete; así es que son, en general, muy ignorantes. Aunque la instruccion haya hecho progresos en el harem, no es raro, aún hoy, encontrar una dama turca de edad mediana que no sabe leer ni escribir su lengua, á ménos que haya sido educada para ser *kiaitib* (secretaria); por esto es necesario que haya en cada casa, por lo ménos, una de estas secretarias para llevar las cuentas y redactar la correspondencia de familia. Las esclavas madres de que he hablado han aprendido á leer despues de los treinta años, habiéndoles inspirado esta emulacion la instruccion recibida por sus hijos. La joven princesa, que era mi discípula, hablaba y escribía muy bien el turco, el árabe, el persa, el inglés y el francés, y comprendía además un poco el italiano y el alemán.

Las *calfas* tienen sus ocupaciones individuales que las guardan contra el fastidio. No hay que olvidar que son tan sólo de un grado inferior á las *oommool-beys* y á las *oommool-kanums*. Algunas de entre ellas, que han sido del número de éstas, han tenido la desgracia de bajar al grado de *calfas* despues de haber perdido á su hijo. Debe añadirse que, en general, un casamiento más ó ménos conveniente las saca de esta posicion anormal. Las *calfas* que pertenecen á un bajá están á la merced de las esposas, como Agar estaba á la merced de Sara. El mismo Abraham reconocía esta dependencia cuando decía á su compañera: «Tu sierva está en tu mano; haz de ella lo que te plazca.» Sólo que Agar vivía bajo una tienda, con la inmensidad del Desierto á su alrededor. Si su ama la maltrataba, podía huir. La condicion de las esclavas turcas es muy distinta. Están prisioneras en casas de donde les es imposible escaparse, en vista de que las ventanas, exceptuando las muy elevadas encima del Bósforo, están guarnecidas con *kaffes* ó verjas de madera metidas sólidamente en la pared, y que los eunucos custodian las puertas. Además, habitan una ciudad populosa, vigilada por una policia organizada. Si una esclava tratase de escaparse, sería pronto descubierta, devuelta al hogar y castigada con severidad. Una esclava representa para su amo un valor desembolsado, de donde se deduce que su evasión constituiría un robo en perjuicio del propietario. Efectivamente, así se considera la fuga de un esclavo en los países en que la esclavitud es una institucion tolerada, si nó reconocida. Los ingleses, como nacion, deben haber admitido hace tiempo la exactitud de este razonamiento. Recuerdo haber discutido muy vivamente esta cuestion con un ex-miembro del Parlamento inglés, en un paseo á las Aguas-Dulces de Asia, en el que la brillante *feridjee* y las fisonomías rientes de las mujeres excluían, por su parte, toda idea de sufrimiento ó de temor. ¿Qué derecho tendría Inglaterra para intervenir en los asuntos domésticos de una nacion amiga, y defender la suerte de una clase que parece tan feliz? Así es que mis argumentos se perdían en el vacío; era lo mismo que si hubiera hablado al viento, y no pude más que suspirar pensando en los casos de opresion que presenciaba. Un hecho cierto es que la vida de la joven *calfa* está á la merced de la mujer legítima. Si es madre, se eleva al rango de *oommool-bey* ó de *oommool-kanum*; desde entonces tiene sus habitaciones particulares, con una ó dos esclavas para servirla á ella y á su hijo. La esposa puede, por celos, descuidar la madre; pero demuestra un interes, real ó fingido, á la criatura que les llevan todos los días para ser acariciada. Esos pobres *babies* son dignos de piedad; los fajan estrechamente de los piés á la cabeza, comprendidos los brazos. He visto uno liado así sobre una estrecha plancha cubierta de franela, que con su carita roja y negra, saliendo de los pañales, parecía el diminutivo de una momia.

(Se continuará.)

CILA

LEYENDA.

Á MI QUERIDÍSIMA AMIGA DOÑA ÁNGELA GRASSI.

I.

TRISTES AUGURIOS.

Al alborar de una mañana de Julio, un caballero, montado en brioso alazan y seguido de su fiel mastin,

descendió de una de las montañas que, como anchuroso anfiteatro, rodean el pintoresco valle de Olot, al que baña y fertiliza el Fluviá con su mansa corriente. Siguió como unos doscientos pasos la márgen del río, hasta internarse en una praderita, al extremo de la cual se detuvo.

Tenía ante sí un senderito, asaz estrecho, pero nó tanto que no pudiera pasar por él una cabalgadura. No debió ser de esa opinion el caballero, pues desmontó, y, abandonando las riendas á la suya, dejóla pacer á sus anchas, seguro de que aguardaría su vuelta.

En seguida entróse por el caminito; y en verdad que el tal convidaba á recorrerlo, pues estaba perfectamente enarenado, sin que asomara al paso ni una guija, ni una mala hierba. A la derecha extendíase á modo de un pegujal de trigo, que confundía sus doradas espigas con las rojas amapolas, cual en el horizonte sucedía en aquellos momentos con los encendidos celajes de la aurora y los primeros rayos del sol. A la izquierda serpenteaba un plateado arroyo que, naciendo de una fuente de la montaña próxima, corría á engrosar el cauce del Fluviá, despues de fecundar á su paso campos y viñedos; hacia este lado se agrupaban algunos olivos, sobre cuyas opacas copas revoloteaba una bandada de palomas torcaces.

El caballero se detuvo, contemplando unos y otras por algunos instantes; acaso no comprendía cómo la paz y el amor pudieran hallarse en amigable consorcio. Mas las tímidas avecillas, asustadas á su presencia, se desbandaron, huyendo á guarecerse en el cercano bosque.

El caballero siguió adelante.

El terreno iba ascendiendo poco á poco, formando una ligera cuestecilla.

Subía nuestro caballero con la celeridad y ligereza con que pudiera deslizarse por pendiente rampa, ó bien la ganaba tan pausada y trabajosamente, cual si para él sólo se convirtiera en cerro árido y escarpado. Entonces llevaba ambas manos al corazon, del que salían hondos suspiros.

Cuando esto sucedía, Leal, el fiel mastin que le había ido siguiendo, caminaba con la cola caída, lamía la mano á su amo, mirándole con ojos llenos de cariño, fidelidad é inteligencia. Mas si el rostro de éste se animaba, y sus piés adquirían la natural agilidad, el noble animal saltaba y corría ladrando de gozo, por más que harto se le alcanzaba á su delicado instinto que no era debida á sus caricias tan favorable mudanza.

Pero ¿qué las producía tan rápidas y violentas en el ánimo del caballero?

Sólo un blanco y modesto caserío que, al ocultarse á su vista en las sinuosidades del terreno, como las esquivas palomas, producía en su corazon el triste cansancio del desaliento, y al volver á aparecer, bañado por los rayos del sol, infundía en su ánimo el vigor de la esperanza.

Mas ¿qué relacion podía mediar entre el pobre caserío y el noble, el rico y poderoso Arnau de la Targa, llamado así por ser dueño de unas valiosas hererías?

Era el caballero de gallarda apostura, enérgicas facciones y ojos negros y rasgados, un tanto huraños; negra era también su cabellera, que en naturales rizos descendía hasta sus hombros; cubría su altiva frente airoso sombrero de fieltro, que ondeaba al viento una muy bizarra pluma sujeta por una joya; igualmente lujoso y galán era lo restante de su atavío, completándole una pesada cadena de oro que en varias vueltas caía sobre su pecho.

Nada expansivo era su carácter; pero acaso bajo un exterior frío y reservado dormían tempestuosas é indomables pasiones; alguien lo creía así, por lo ménos. Hijo sumiso y respetuoso, no había prodigado una caricia á su madre desde la infancia, pero besaba al levantarse y al acostarse su mano diariamente; y aún cuando, por muerte de su padre, había pasado al cumplir los veinticinco años á ser dueño y señor del patrimonio, pedía á su madre en las comidas el pan de esta manera:

—Madre, hacedme merced de un pedazo de pan, que Dios os lo pagará (1).

Esta noble y poderosa señora, respetada de su hijo, bendecida de los pobres y amada de todos, era considerada como muy feliz; pero aún cuando tal afirmacion no podía negarse en absoluto, su dicha era amargada por una pena, ó más bien un temor de esos que asaltan el corazon de las madres, y que dejan de realizarse pocas veces.

—Mi hijo, se decía la buena señora, ha visto siempre colmados sus deseos, satisfechos sus menores caprichos; criado lejos de la corte y las ciudades populosas, desconoce por entero esas rivalidades, esas luchas y contradicciones que, si apagan el entusiasmo y roban la calma al corazon, azevan la voluntad á doblegarse á los rudos y encontrados embates de la suerte. Las pasiones de mi

(1) Esta fórmula del respeto filial se conserva aún en algunos pueblos de nuestras montañas: *Mare, don rume un bocí de pa, que Déu n'hi dó, si us plau.*



hijo son como las aguas de un río que se desliza sin obstáculos por la llanura, pero que revientan terribles y furiosas si hallan un dique á su natural corriente. ¡Ay del día que mire burlado el primer deseo! ¡Ay del día en que despierte su corazón y lo entregue amante y confiado á una mujer! ¡Ay de esa mujer, y ay de mi hijo, si loca é ingrata lo destroza!

Pero la noble dama se consolaba al pensar que el manco era noble, rico y galán... ¡Qué mujer pudiera resistirle! Las más acandiladas *pubillas* de Olot teníanse por dichosas cuando el poderoso Arnau las saludaba.

—¿Quién sabe? terminaba diciendo; los años pasan, y su corazón duerme; acaso no despertará nunca.

¡Pobre madre! Si hubiera visto al noble caballero, ora fijar en el rústico caserío sus negras pupilas bañadas en apasionada ternura, ternura que nunca le demostrara á ella; ora llevar ambas manos al corazón para contener sus violentos y tumultuosos latidos, hartos comprendiera la prudente señora que había llegado ya lo que tanto temía.

Al campo de trigo y al olivar habían sucedido un corto viñado y una bonita huerta. El dueño de aquel terreno no debía ser rico, pero sí discreto y laborioso. En el primero ensanchaba el arroyo hasta formar una balsa, rodeándola algunos asientos rústicos, todo ello cubierto por una glorieta de cañas, engalanadas de pámpanos y campanillas. La huerta ofrecía la particularidad de que, en vez de estar defendida por espinos, como suele acontecer, éralo por rosales silvestres, que enlazaban sus blancos y encendidos capullos á las ramas de las zarza-moras con que alternaban en el camino, así como entre útiles y sustanciosas hortalizas asomaban de vez en cuando gentiles ramos de nardos y claveles, y otras preciadas flores, que confundían sus delicados perfumes con los tomillos y mastranzos del monte. Diríase que una mano atrevida, á la que otra mano económica y previsora negara un pedazo de tierra para jardín, arrancaba á ésta sus frutos nutritivos y sabrosos, para engalanarla con dalias y tulipanes, prefiriéndola hermosa á productiva; mientras que la otra mano, benéfica al par que prudente, dejaba crecer aquellas lindas intrusas, repartiendo sus cuidados entre lo útil y lo agradable.

El caballero contempló aquellas flores con singular cariño; sabía sin duda la bella mano que las plantara. Una hermosa dalia de cándidos y aterciopelados pétalos, inclinada sobre el cercado, asomaba entre los frutos de la zarza-mora como una perla engastada en azabache.

El caballero extendió la mano para asirla; pero al punto retiróla con una espina clavada en ella, mientras que la flor, cuyo tallo había recobrado su natural rectitud, movíase galana á impulsos de la brisa.

El caballero miróla tristemente y siguió adelante. El ameno senderito terminaba en ancha plazoleta, en la cual asentaba sus cimientos el rústico caserío; éste tenía franca su entrada, por la que penetraba un rayo de sol.

El caballero contempló con envidia aquella línea de luz que se colaba por la puerta como Pedro por su casa; él nunca se hubiera mostrado tan atrevido; pero puede tanto el ejemplo, que, después de un cuarto de hora de vacilaciones, decidióse al fin á imitarle, pensando que, si el sol por ser el rey de los astros era en todas partes bien recibido, á él, noble, galán y poderoso, no podían dejar de hacerle agasajo.

Con esta seguridad traspasó por vez primera los umbrales del caserío, entrando, á pesar de ella, nó á la pata llana, como el rayo de sol, sino trémulo, conmovido y con paso temeroso, en la primera pieza. Era ésta, como suele acontecer en las *masías* ó casas de labranza, la cocina, ancha y espaciosa; en el fondo, el hogar, apagado entonces, junto al que descansaba el venerable *escot* (especie de banco); en el centro, larga mesa de pino, en la cual, y sobre un paño de lienzo crudo, brillaba el proverbial porron, y al lado medio pan moreno: modesto, pero afectuoso obsequio, con el que brindaba el hospitalario payés á todo el que traspasaba sus puertas.

En pie, y frente á esta mesa, se hallaba el anciano dueño del caserío y las bien aprovechadas tierras ya dichas: el uso del azadon había puesto sus manos casi tan duras como las rocas que cobijaban el valle donde naciera, pero no había podido alterar la línea de su espalda, que, como en sus mocedades, conservaba recta y flexible; el tiempo, las fatigas y acaso los pesares habían vuelto grises sus crespos cabellos y poblado de arrugas su rostro; pero ni unos ni otras bastaron jamás á abatir aquella frente siempre erguida, digna siempre de ceñir la noble *barretina*, ese distintivo de la laboriosidad, la honradez y la prudencia en la paz, esa enseña de la hidalguía, del valor, de la temeridad en la guerra. Vestía nuestro anciano vistoso calzon de pana azul celeste; cortísima almilla de abigarrados colores, que casi

desaparecían bajo las múltiples vueltas de la morada y rica faja; chaqueta de paño azul turquí, con altísimo y levantado cuello de lo mismo. En el momento en que lo presentamos en escena, ó sea á la entrada del caballero, acababa de sacar de entre dos pañuelos una lujosa y nueva *barretina* del color de la faja, y, temeroso aún de que conservara un átomo de polvo, pasábale y volvíale á pasar la manga de su chaqueta.

—Que Dios guarde al buen Francesch, balbuceó trémulo el caballero.

—Bien venido el noble Arnau, contestó el payés sin alterarse por su inusitada presencia.

En seguida, con pocas, pero sinceras razones, invitóle á tomar asiento, brindándole el negro pan y el plebeyo porron, con la misma dignidad y sencillez con que hubiera podido ofrecerle un sitial regio y un banquete opíparo.

Dióle las gracias el caballero, y con un ademán, que él se esforzó en hacer afectuoso, indicóle que cubriese sus canas. Dirigió al punto sus ávidas miradas por la cocina, y no debió tardar en hallar lo que buscaba, pues sus facciones se animaron extraordinariamente, quedando por unos momentos suspenso y enajenado.

Digamos la causa que tan viva impresión le produjera.

En el fondo de la pieza, y en dirección al hogar, descubriase una ventanita con vistas á la campiña; de su pasador colgaba un espejo de irregulares dimensiones, frente al cual, de pie y en una actitud llena de bizarría y gracia, hallábase la más garrida payesita que en tiempo alguno pisara aquellos contornos. Era blanca y sonrosada como las flores que plantara su mano sacrificando las sabrosas hortalizas; rubia como las espigas que debían llenar en breve los trojes de su padre, y tenía los ojos claros y azules como el hermoso cielo que perenne le sonreía.

Nuevo atractivo prestaba á sus gracias naturales el bonito y vistoso traje con que aparecía engalanada: componíase éste de escotado y diminuto zapatito de velludo negro con hebilla de plata y cintas anudadas al tobillo; airosa saya de vivos y variados colores, á los que prestaba mayor realce el negro jubon de manga corta y ajustada hasta el codo; un pañolito de sarga verde, cruzado sobre el casto seno, dejaba asomar apenas la crucecita de oro que brillaba orgullosa del lindo altar que la sostenía; otro pañolito de blanca blanca cubría su cabeza, anudándose en la parte superior de la misma, después de pasar sus puntas por debajo de la barba de la muchacha; al través de su delicado tejido descubriase, á manera de viso, la encarnada redecilla, cuyos vistosos lazos caíanle con sin igual donaire sobre la frente. Las demás mujeres, por lo común, llevaban el cabello recogido en la misma redecilla; pero, fuese por alarde de vanidad, ó acaso por su mucha abundancia, nuestra payesita dábale salida en dos gruesas y apretadas trenzas que bajaban á lo largo de su cintura.

En extremo satisfecha de su persona, según lo acreditaban las miradas que no cesaba de dirigir al espejo, preparábase á dar la última mano á su tocador, cubriendo los brazos alabastrinos con los negros *mangots* de finísimo punto. Y fuese que hubiera heredado la misma inalterabilidad de su padre, fuese que toda su atención se hallara absorbida en sus graciosas galas, en nada le sorprendió la visita del noble señor, ni reparó siquiera en la ardiente mirada que le dirigía.

Otro personaje, en quien no había reparado el noble Arnau, pero con el cual nos es forzoso trabar conocimiento, tenía puesta igualmente su atención en la donosa payesa. Era éste un muchacho de doce á catorce años, de rostro agraciado é inteligente, quien, tendido á lo sultan en el *escot*, fijaba en la niña una mirada que quería decir: «¡Qué presumidas son las mujeres, y cuánta importancia dan á lo que no tiene ninguna.» Pero, en el fondo de aquella mirada, descubría cualquiera que tan pagado, por lo ménos, como su misma dueña estaba él de la hermosura y aún de las galas que censuraba. En cambio, parecía hacer muy poco caso de las propias, y eso que el traje del muchacho era de lo más lindo. Parecido al del anciano, presentaba mayor conformidad y elegancia; constituíanlo calzon y chaqueta de pana verde oliva, con doble hilera de dorados botones, faja y *barretina* de encendida grana y altas polainas de piel de vaca hasta la rodilla; pero Met, que así se llamaba (diminutivo de Jaime en Cataluña), tenía sus puntas y ribetes de filósofo. Había aprendido á leer y escribir, con otros conocimientos, que lo mismo el buen párroco de San Esteban de Olot, como los hombres más notables de la villa, le habían transmitido gustosos; tal era su afán de saber, y su facilidad, así en retener lo que le enseñaban, como en granjearse las voluntades de cuantos le conocían.

Met no era sino lejano pariente de Francesch; pero, recogido por éste en edad muy tierna, á causa de haber

muerto sus padres, le veneraba como á tal y quería á la hija del payés, la donosa Cila (diminutivo de Cecilia), con la expansiva ternura del hermano á la hermana, con el respetuoso cariño que por su madre sintiera, y acaso, sin comprenderlo, con el amor exclusivo y vehemente consagrado á la única mujer que debía amar en su vida. Era un carácter un tanto travieso y malicioso, pero templado por el candor de sus pocos años y la buena fe de su corazón noble y sincero.

Arnau permaneció algunos segundos arrobado en la contemplación de la hermosa niña; mas, sintiendo pesar sobre sí la severa mirada del honrado Francesch, esforzose á dominar su emoción, exclamando:

—Dios te guarde, *pubilla* (heredera ó mayorazga).

—De la casa quemada, de la casa sin puertas, contestó ella sin volver la cara.

—¡Cila!... observó su padre con severo tono.

—Acaso se halle en tu mano el que seas señora de toda una comarca, interrumpió con ímpetu el caballero.

—¡Yo! interrogó la gentil doncella, acompañando la pregunta con una carcajada que resonó clara y sonora en la habitación, y fué á perderse en los ecos del monte.

(Se continuará.)

AURORA LISTA.

## SALONES Y TEATROS.

Difícil es hablar de lo que ya no existe: cuantas personas se precian en Madrid de pertenecer á la alta clase han abandonado sus viviendas, acudiendo presurosas á los puntos en donde la moda les llama con todos sus atractivos de diversiones y vanidad satisfecha.

No hay, pues, qué pensar en las brillante soirées en que se pasaban horas tan deliciosas, si bien en algunas casas se reúnen todavía los amigos para tomar algún refresco y divertir las horas con los encantos de la música.

Aparte de esto, sólo les queda á los madrileños el recurso de ir á los Jardines del Buen Retiro, si quieren respirar un ambiente algo más puro que el que se respira en Recoletos y la Castellana.

Allí llaman cada día más la atención los conciertos dirigidos por el Sr. Metra, que, habiendo entrado de lleno en el gusto del público, y secundado por inteligentes profesores, se ve cada día más aplaudido.

En el lindo teatro del Retiro se estrenó con éxito sumamente lisonjero *El Testamento azul*, obra que está destinada á proporcionar muchos aplausos á los que la desempeñan, y pingües beneficios á la empresa.

Los más animosos, los que más saben desafiar los ardores insoportables de la canícula, acuden á los circos, que, si son frescos por su arquitectura, dejan de serlo por la mucha gente que acude á ellos, atraída al del Príncipe Alfonso por *Los Madriles*, que cada día alcanzan mejor éxito, y al de Price por los sorprendentes ejercicios ecuestres de su notable compañía.

El teatro de Apolo ha cerrado ya sus puertas por haberse ausentado la simpática actriz Sra. Marin, escriturada para San Sebastian; pero esperamos que en la próxima temporada reanudaré sus tareas la misma compañía, tan apreciada del público, y que tantos plácemes merece por el buen gusto que ha demostrado en la elección de las obras que ha representado.

Por lo demás, la atención general se halla ahora fija en el viaje de S. M. y A. á las provincias de Asturias y Galicia, y en los brillantes festejos que se les preparan y las ruidosas ovaciones que por todas partes reciben.

Ya que no podemos disfrutar de aquellas fiestas, nos deleita seguir con la imaginación su viaje y enterarnos minuciosamente de los más leves detalles.

Los representantes de la prensa que han tenido la fortuna de seguirle poseen gran copia de datos para dar interés á sus correspondencias; nosotros, que de todo esto carecemos, deberémos contentarnos, para concluir este desaliñado artículo, con dar cuenta á nuestras lectoras de algunos buenos libros que acaban de aparecer en los escaparates de las principales librerías.

Es uno de ellos la tercera edición del *Romancero de Nuestra Señora de Atocha*, escrito por el Sr. D. Manuel Ossorio y Bernard, premiado por la Sociedad bibliográfica Mariana, de Lérida, y precedido de un prólogo del Sr. Jimenez Benítez, director de la basílica de Atocha; en vista de todo lo cual no necesita de más encomios.

El Sr. D. Rafael Ceballos y Bueno ha publicado otro excelente libro, titulado *Pensamientos*, que los contiene, en efecto, bellísimos y sobremedios originales.

Próximamente verá la luz pública el del Sr. D. Carlos Peñaranda, titulado *Odas, poesías varias*, para el que el distinguido literato Sr. Carvajal ha escrito un brillante prólogo.

Por último, se anuncia la publicación de un periódico literario titulado *La Ilustración Católica*, del que tenemos las mejores noticias, y por lo tanto es casi seguro que alcanzará un éxito completo.

VÍCTOR CUENDE.





## ECONOMIA DOMESTICA.

Este es tiempo oportuno para que un ama de casa cuidadosa ponga en conserva las frutas que con tanta abundancia nos regala la naturaleza.

37. Puntilla de hilo para el mison núm. 28.

za, guardándolas para las épocas en que de todo carecemos.

A este objeto vamos a indicar a nuestras lectoras algunas fáciles recetas.

## DULCES SECOS.

Escójase dos ó más libras de ciruelas que sean buenas; se cuecen en agua hasta que estén blandas, y poniéndolas luego en agua fría, después se sacan y se dejan escurrir.

Se clarifican cuatro ó seis libras de azúcar, se hace cocer el almíbar, y cuando esté templado se echa sobre la fruta, repitiendo esta operación por cuatro veces y dejando de tiempo intermedio cuatro horas. Después se ponen a secar.

Igual procedimiento se emplea con los melocotones, peras y demás frutas.

## DULCE DE CIRUELAS DE MIRABEL.

Después de quitados los huesos se pone la cuarta parte, ó la tercera a lo ménos, a cocer sin agua en el perol, nada más que el tiempo suficiente para sacarlas el jugo; se aprietan en un tamiz ó en un trapo limpio y claro; se añade un cuartillon de azúcar por libra del total, y se cuecen, meneándolas siempre, pero con precaución. Cuando están en punto se conoce por la completa evaporación de la humedad.

## DULCE DE CIRUELA DE REINA CLAUDIA.

Se hace como el anterior, endulzándolo algo ménos, y también se cuecen algo ménos.

## DULCE DE ALBARICOQUES.

Se cortan en cuarterones y se ponen al fuego en el perol, con libra y cuarteron de azúcar por cada tres libras de

fruta. Se cuece el todo, meneándolo sin interrupción, conociéndose cuando están en punto por la evaporación de toda humedad. Concluido esto, se le añade las almendras de los mismos albaricoques, bien lavadas y despellejadas, y se menean bien fuera del fuego.

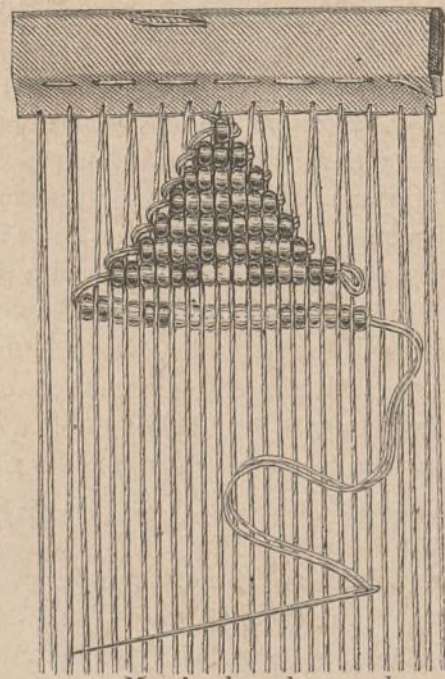
## COMPOTA DE MELOCOTONES.

Se cortan en dos pedazos, se les quitan los huesos y se ponen en remojo para pelarlos; luego se hace almíbar, se ponen en él los melocotones; se sacan éstos, se deja espesar el almíbar, y con él se riega la fruta, dispuesta ya en la compotera.

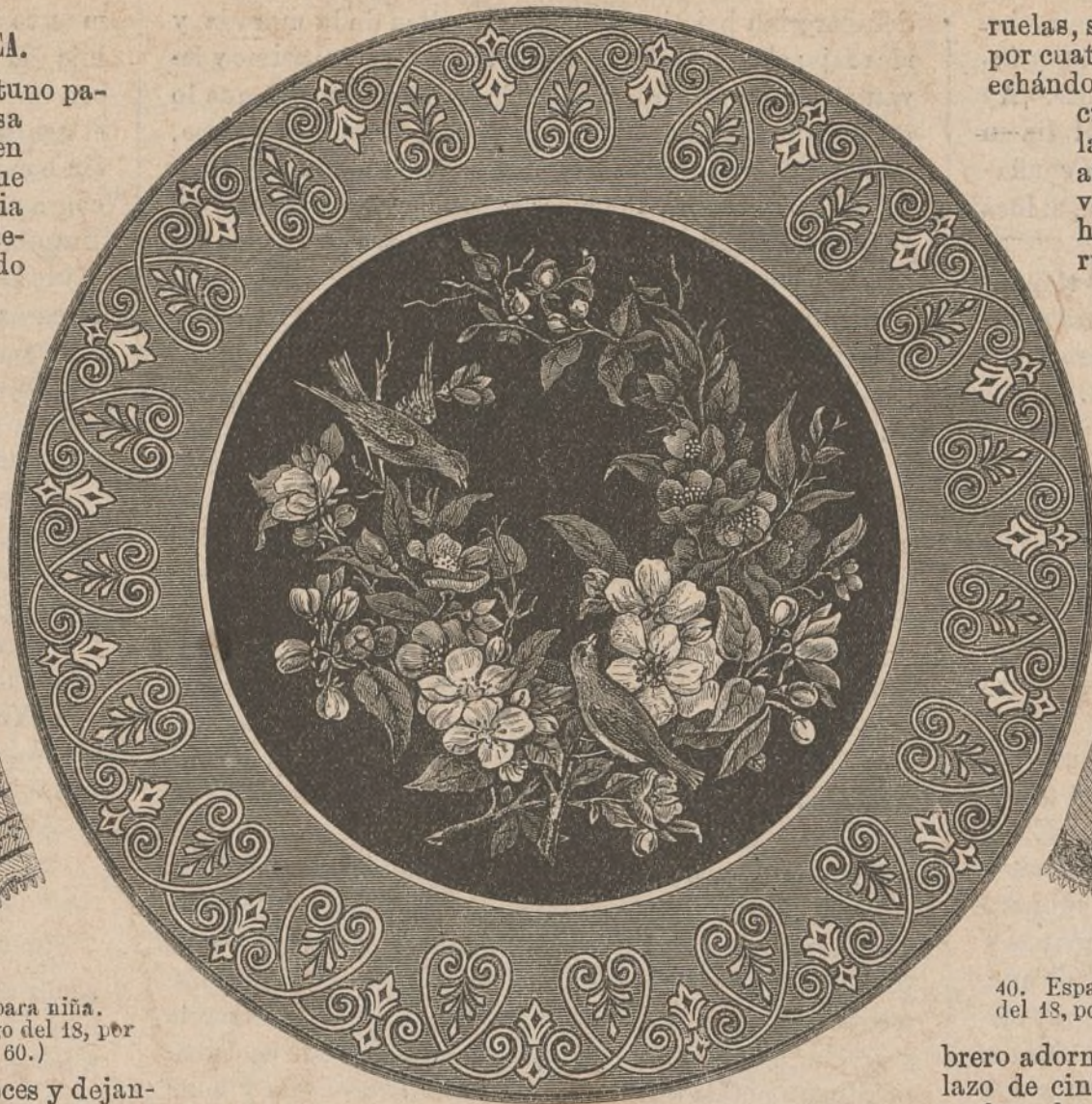
## CIRUELAS BAÑADAS.

Escójase cincuenta ciruelas y pónganse en agua hirviendo. Cuando estén blandas, se sacan con una espumadera y se echan en agua fría. Entonces se clarifican cinco libras de azúcar, y puestas las ciruelas en un bote, se cubren con dicho azúcar.

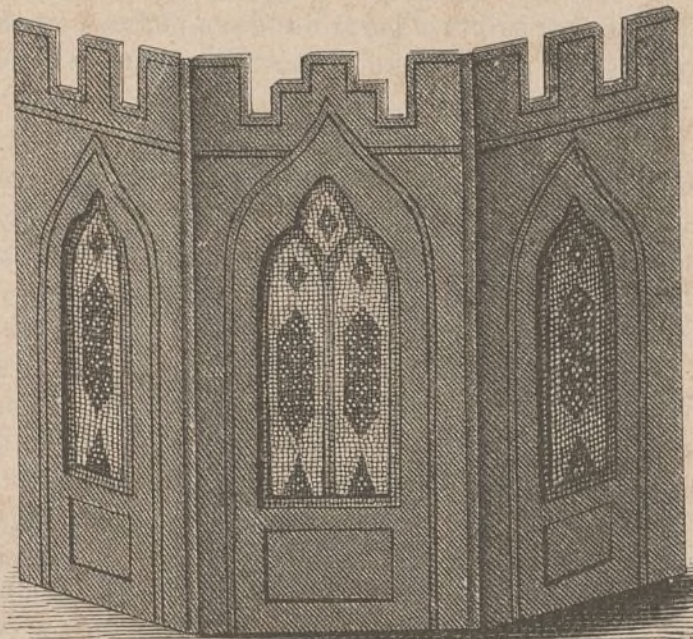
Al día siguiente se sacan las ci-



43. Mosaico de perlas para la mampara.



41. Centro de mesa, pintura en madera. (Patron y explicación: pliego del 18 por el derecho, fig. 27.)



42. Mampara: mosaico de perlas. (Véanse los núms. 42 y 43.) (Patron y explicación: pliego del 18 por el derecho, fig. 26.)



47. Traje para baño. (Patron: pliego del 18 por el revers, núm. 15, figs. 48 y 49.)



44. Mampara bordada en tela gruesa o cammazo Java. (Véase el núm. 33.)

ruelas, se hace cocer el azúcar por cuatro días consecutivos, echándolo cada día que se cueza sobre las ciruelas. La última vez se añade al azúcar dos vasos de agua y se echa hirviendo sobre las ciruelas.

Lo mismo se practica con los albaricoques, peras y melocotones.



38. Fieston para el delantal núm. 38.

## EXPLICACION del figurin 1.275.

Fig. 1.<sup>a</sup> — Traje para paseo. — Vestido baby de tafetan azul oscuro, con ribetes de tafetan color mandarin. La echarpe que sostiene los pliegues de atrás va también forrada de mandarin. Paletot — saco de género y adornos idénticos. Som-

brero adornado con una guirnalda de flores amarillas con lazo de cinta desfilado en el centro de la cabeza, y bridas azules; abanico de novedad, y correspondiente al traje.

Fig. 2.<sup>a</sup> — Traje para el campo. — La túnica princesa es de un tejido de rayas caladas y adamascadas. La espalda forma una aldeta adornada con un volante plegado verde-angélica. Tiras del mismo verde sirven de adorno a todo el traje, y éstas y cordones verdes se entrelazan por delante sobre un plastron de la misma tela. La falda va guarnecida con un ancho volante plisé. Sombrero-pastora, de paja de Italia, adornado con flores campestres, y un velo de gasa.

## BIBLIOTECA DE LA FAMILIA.

Habiendo recibido ya de París las preciosas obras de Madame d'Algu, escritas en frances, y tan útiles a nuestro sexo, que componen dicha biblioteca, lo ponemos

en conocimiento de nuestras lectoras, y principalmente de aquellas que ya nos las habían pedido, manifestándoles sus precios, que son los siguientes:

*Le savoir vivre*, un tomo.

*La science du monde*, idem.

*La science de la vie*, idem.

*Le Maître et Maîtresse de maison*, un tomo.

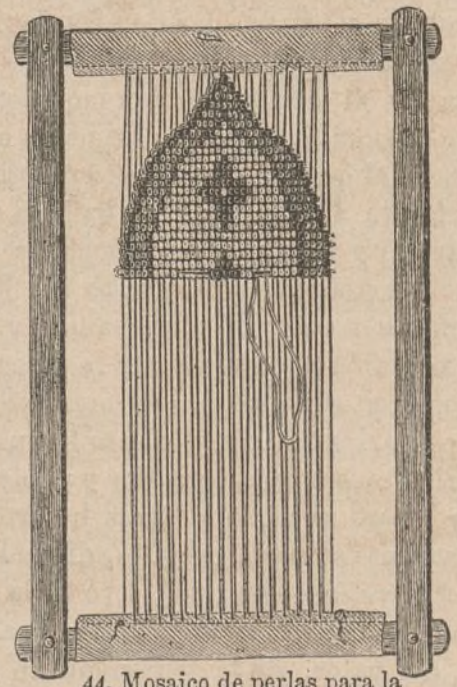
Cada uno de estos tomos, 5 pesetas en Madrid; y remitidos a provincias, certificados y francos de porte, 6 pesetas.

*Fortune et ruine*. Colección de novelitas destinadas a las jóvenes, 2 tomos.

*L'Heritière de Santa-Fe*. Novela descriptiva del desierto americano, idem, 7 pesetas en Madrid y 8 en provincias, igualmente certificados y francos de porte.



46. Canastilla bordada.



44. Mosaico de perlas para la mampara.

*Dentelle irlandaise*, un tomo: 2 pesetas en Madrid y 3 en provincias, con las mismas condiciones.

Todas estas obras han sido premiadas con medallas honoríficas, por distintas Corporaciones oficiales.

Nú.  
SUM  
para s  
echar  
go cu  
paseo

R  
La  
por el  
carla  
no Ca  
de No  
blecim  
moda  
quegu  
jes y j  
cambia  
ces del  
la mod  
que ha  
queteri  
ta en  
percal  
lectora  
y elega  
de send  
tan in  
cambio  
gusto s  
tido de  
dian, s  
si me p  
playas  
bastian  
das de  
un gu  
como n  
tratarse  
simo va  
ciroslo,  
mucho  
se han  
más ric

El p  
que tien  
el gener  
bellos,  
este mis  
gura br  
color, p  
fusion  
las tóni  
centros  
otra tel  
nero; l  
sion; y  
pero qu  
a daros  
cueros  
do. Com  
por com  
moda, t  
aceptad  
su cami  
las cint  
rán a br  
no. En  
neis ya  
en este  
propio p  
les; que  
tiene co  
Tambi  
túnicas,  
guidisim  
das se ve  
rados po  
tad un e  
punto de